

VIERNES, 1 DE SEPTIEMBRE Despierto con una extraña invitación telefónica del Ministerio de Negocios Extranjeros, Auswärtiges Amt, para que acuda a las diez al sitio donde se reúne el Reichstag* en verano. Citación apresurada a los jefes de misión. Es la declaración de guerra. No alcanzo ni a imponerme de la correspondencia. Me visto, me ducho, no sé si debo ir de sombrero alto y chaqué. Habrá de todo en este desconcierto general.

Anton está listo. Nos vamos. Grandes filas de soldados en uniforme gris bordean las calles, mucho antes de llegar al recinto donde tendrá lugar la histórica asamblea. Al bajar del coche, me recibe un oficial, siempre de figura espléndida, risueño, en extremo amable. Me guía por los amplios corredores, por las escaleras. Arriba, en un ancho vestíbulo forman grupos los embajadores y demás jefes de misión. El ambiente que reina es de agobio. Como lo presumía, se ven toda clase de indumentarias, desde el chaqué hasta el *complet* gris claro.** El embajador de Italia, vestido de cualquier manera, se pasea, hondamente preocupado, meditabundo, ausente. Bernardo Attolico me saluda, no obstante, afectuosamente.

El embajador belga, muy pálido –vicomte Jacques Davignon–, delgado, fino, me dice sencillamente lo que todos piensan: «*C'est fini maintenant*». El ministro rumano, Radu Crutzescu, está anonadado y no lo disimula. Ve cómo el invasor se va acercando a su patria, codiciada también por la fuerza avasalladora.

El ministro griego sonríe. Alexander Rizo Rangabé, siempre tranquilo, no así el de Holanda, Jonkheer van Haersma de With –«*Le bel optimiste, hélas*»–, dice. Ausentes se encuentran sir Nevile Henderson y Robert Coulondre, embajadores británico y francés.

¿Qué factor ha precipitado los acontecimientos?

El rechazo de una nueva prórroga solicitada por Inglaterra. Danzig ha sido anexada al Reich hoy, a las 5:45 de la mañana.

* Reichstag: Parlamento alemán.

** *Complet* (fr.): traje de chaqueta.

Nos hacen entrar a la sala en el palco diplomático, situado en el fondo, frente a la tribuna que luce una enorme águila dorada con las alas abiertas. A ambos lados, la cruz gamada en grandes caracteres. La expectación reinante y la emoción son enormes. Los diputados, revistiendo el uniforme del partido, llenan los asientos abajo. En el banco de los ministros advierto a Ribbentrop, Goebbels, Hess y los demás.

Una corriente escalofriante recorre el recinto, todo el mundo se ha puesto de pie. Ha penetrado por el centro de la sala el Führer Adolf Hitler, acompañado de Göring –el *feldmarschall*–,* ministro de la Guerra y del Aire y de su séquito. El silencio profundo se rompe súbitamente y resuena una ovación clamorosa. Todos los brazos se han tendido hacia adelante y parecen lanzas o bayonetas. Solo el Cuerpo diplomático, en su atavío sombrío, permanece inmóvil.

El Führer saluda solemnemente a sus ministros, en tanto que Göring, gordo pero espléndido, sube al púlpito principal que se encuentra al medio y a los pies del cual hay otro más pequeño donde subirá Adolfo Hitler, después.

Göring da a conocer la ley por la cual Danzig ha sido anexada esta mañana al Reich, a las 5:45. La asamblea de pie, con todas las manos extendidas, aprueba el hecho inaudito.

Sube a la tribuna o púlpito inferior el Führer y su aparición, tranquila en él, es saludada con otra ovación estruendosa. Habla lentamente, como pesando y afirmando lo que dice, dejándose llevar de cuando en cuando por arranques de una violencia inaudita.

Da cuenta, en forma solemne, de la anexión de la ciudad Danzig al Reich, que fue y será siempre alemana y da a entender que lo mismo ocurrirá con el llamado corredor. Manifiesta su resolución de seguir adelante, sin titubeos, ni capitulaciones, palabra esta que no ha comprendido nunca, en vista de que Inglaterra no había correspondido a sus esfuerzos a favor de la paz. Declaró que Alemania se batiría hasta alcanzar sus justas aspiraciones, sin necesitar la ayuda de nadie y sin apelar a la amistad de Italia. (La actitud agobiada y poco heroica del embajador Attolico, algo me había hecho sospechar de la defección de Italia, a pesar del pacto italo-alemán del mes de mayo último).

Él –Hitler– se batiría como cualquier soldado y allí estaba Göring para reemplazarlo en caso de que resultara muerto en el frente de batalla, y si este caía sería a su vez reemplazado por Hess y, en último caso, el pueblo alemán

* *Feldmarschall*: Mariscal de campo.

llamado a Alemania requiriendo la retirada de sus tropas de Polonia? ¿Con que



Die historische Stunde: Der Führer spricht zu den Abgeordneten des Großdeutschen Reichstages und zum deutschen Volk. Auf dem Präsidentensitz Generalfeldmarschall Göring

Declaración de guerra a que asistí en el Reichstag

condiciones ahora que ya se ha efectuado el ataque y que Dantzig ha sido anexionado al Reich?

Recorte de prensa alemana incluida en el diario el 1 de septiembre de 1939, con la sesión en el Reichstag de ese mismo día con la declaración de guerra por parte de Adolf Hitler; entre el Führer y el general Göring, Morla dibuja su propia caricatura, y en el margen derecho anota: «Declaración de guerra a que asistí en el Reichstag».

encontraría el Führer que le fuera necesario. Anunció que no emplearía gases venenosos, sino en caso de que lo hicieran sus adversarios.

Las ovaciones, los grandes rumores de aprobación se suceden uno tras otro, en tanto que los miembros del Cuerpo diplomático permanecen silenciosos, sin hacer un gesto. El ministro de Rumanía acusa especialmente una impresión profunda ante las palabras y los ademanes del *monstruo irreductible* que se yerque al frente con su bigote central y su mechón de pelo caído e insolente. Da pena verlo, hay en él indignación contenida, furor reconcentrado.

El Führer no ha pronunciado el término «declaración de guerra», pero todos los presentes están de acuerdo de que está «virtualmente declarada».

Constato otra vez la maravillosa organización de que, en todo momento, da prueba este pueblo, la *mise en scène* impecable de líneas netas, heráldicas, propias de un militarismo elegante y viril a un tiempo. Sobre el cuadro blanco que tiene por fondo, Hitler se destaca como recortado.

Pienso en que la sesión que me cabe presenciar y este 1.º de septiembre serán eternamente inmortales.

Termina el acto transcendental con el canto *Deutschland Über Alles* cantado en coro por la sala entera puesta de pie.

A la salida, en el vestíbulo, desfila un Cuerpo diplomático consternado y, entre ellos, los de Centro América que no hablan más que de reunirse, siempre reunirse para cambiar impresiones que no llegan a resultado alguno y que son nulas. Opto por irme para enviar pronto mi cable a Chile y llevo a Luti, de la Embajada de Argentina, que ha perdido su sombrero.

En la Embajada gran expectación. Redacción del telegrama en la forma señalada más arriba.

Y chilenos que quieren irse, una lista de ellos y Piwonka con su señora, etc. Almuerzan aquí Oscar Fenner y su señora, Herrera y la suya.

El telegrama de Signoret, embajador en Londres, «ordenándome que zarpará el Copiapó inmediatamente a Amberes, tiene su explicación: «se embarca su familia para Chile». Para que embarque cuanto antes, habría que dejar varados a todos los chilenos. Después de recibir mi respuesta terminante, debe haberse quejado a Chile y, de allí, el telegrama desagradable del Gobierno. Gracias a mi actitud, salvé al Gobierno de que llegara a Chile un barco lleno de judíos y sin un solo chileno.

El día se pasa entre la curiosidad y la melancolía del primer día de una guerra que, salvo un milagro, será catastrófica. ¿A dónde nos conducirá?

Imposible dar con las radios francesas. Un ruido ensordecedor cubre las voces, sin duda intencional.

Solo se oye Moscú con claridad: las declaraciones de Molotov respecto al pacto germano-ruso. Delata, ante el mundo, la perfidia anglo-francesa que, al pretender pactar con la URSS, so pretexto de amparar a Polonia, tenía la finalidad de aplastar para siempre a Alemania.

Una desvergüenza decirlo ahora.

Los alemanes ya habrían atacado a Polonia, habrían dejado hecho añicos un aeródromo con todos sus aparatos, cerca de Varsovia.

Advertencias de oscurecer las casas, de pegar papeles negros en los faroles de los autos, etc. Todo lo cual ya estamos acostumbrados a hacer y oír.

Welczeck pasa a dejarle a Bebé unas perdices que cazó en su propiedad de Silesia. Parece increíble que el embajador de Alemania en Francia tenga ánimo para ello. Mañana almorzará con nosotros.

Sirenas. Como en Madrid. Pero aquí las órdenes se ejecutan como por encanto, las calles se quedan vacías en breves segundos, aunque se trate de ensayos.

Así llega la noche de este primer día de guerra que nos toca vivir dentro del corazón que concibió el conflicto.

¿Inglaterra habría hecho un último llamado a Alemania requiriendo la retirada de sus tropas de Polonia? ¿Con qué condiciones, ahora que ya se ha efectuado el ataque y que Danzig ha sido anexado al Reich?

SÁBADO, 2 DE SEPTIEMBRE Empieza el movimiento con el día.

Un telegrama referente al material del ferrocarril encargado a Alemania: gestiones para su entrega, en vista de que parte de él ya está pagado. Llamado al jefe que hay aquí, Fernando Palma Rogers, redondito, poco amable, desconfiado. Se redacta un telegrama a Chile, otro a la empresa. «El trabajo sigue en la fábrica, hasta hoy, normal. La inspección y recepción continúan. ¿Terminación del contrato? Por lo menos trataremos de que nos entreguen el mínimo del equipo, contemplando los intereses de la empresa».

La voz de Julio Piwonka por teléfono desde Stettin. Por lo menos ya no está aquí. No le dejan salir sin autorización de la policía de Berlín. Me extraña. Será por el nombre polaco que lleva. Gestiones en el Ministerio de Negocios Extranjeros. No se explican el hecho. Debe haber salido por fin.

Visita de tres profesores chilenos, que venían invitados por el gobierno alemán.

Pediremos que el barco chileno Imperial, que anda por Cuba, llegue hasta un puerto neutral para que embarquen los chilenos que han quedado. Todos opinan, cada uno piensa en sí mismo. Y uno metido otra vez en el hoyo, pero resuelto a no sacrificarme aquí como lo hice en España. Experiencia dura pero saludable.

Los víveres empiezan a escasear. La señora de Luis Irigoyen le facilitó a Bebé café, y Bebé a ella carne para su hijo que está enfermo.

Welczeck ha llegado de sus propiedades en Silesia. Viene hoy a almorzar solo con nosotros. Está muy abatido, desgraciado. Tiene en el fondo mayor dosis de espíritu latino. La idea de no volver jamás a París —donde acaba de pasar los tres años más felices de su vida— le anonada. La ciudad, su Embajada (la mansión de la reina Hortensia), su amor intenso por Sofía Barceló, en ese ambiente, el paraíso. La guerra, fin de su vida. El embajador de Francia, Coulondre, nada ha hecho por la paz.

Hoy es su cumpleaños, su triste cumpleaños, abrimos una botella de champán. Conversamos íntimamente. No le gusta el discurso del Führer en el Reichstag: irse a morir al frente equivale —para el jefe supremo del Reich— a desertar.

El territorio de Polonia está invadido. Eslovaquia —ese pedazo de Hungría— también. Los miembros de la Embajada polaca que aún estarían en Berlín permanecerían encerrados en ella.

Mañana tendrá lugar la ruptura con Francia. Hitler habría hecho una última gestión (no lo creo. Está claro que son los alemanes quienes quieren la guerra).

Esta noche cenaremos de nuevo con Welczeck.

Me recuesto a leer un poco. Oído la radio de Varsovia. La nación entera erigida ante los invasores, las mujeres orando en las iglesias. Dios está siempre con el más fuerte. Triste verdad inamovible. Cantos yugoslavos.

Vamos a por Welczeck al Hotel Bristol. La ciudad sumida en las tinieblas. El coche avanza despacio, pero después sale la luna. Cenamos en el célebre restaurante berlinés Horcher, característico, distinguido. La entrada oscura, pero dentro la luz reconfortante. El dueño, un señor rubio, afable, *empresé*.

En otra mesa, el gordo ministro de Bolivia, Hugo Ernst Rivera. En otra, el príncipe de Hohenlohe, muy risueño, pero en extremo movedizo e inquieto. Sale no menos de diez veces al teléfono. Con él, el príncipe de Bismarck, nieto del «canciller de hierro», funcionario del *Auswärtiges Amt* con su esposa, interesante.

Pedimos caviar. Welczeck está más animado, un poco más alegre, esperanzado en algo que no dice. Nos habla de un gran negocio que ha hecho, adquiriendo tierras en Silesia –si no hay guerra– y de la belleza que le encuentra a la vida: un catre de fierro y no hay necesidad de más, si hay amor (siempre –digo yo– que se tenga a mano la otra cama, si se quiere).

Terminada la cena, Welczeck tiene una breve entrevista con Hohenlohe y Bismarck. Le hemos esperado en el vestíbulo, lleno de estampas antiguas, unas al lado de las otras, cubriendo todo el muro. Penetramos en las tinieblas de la calle y vamos a dejar al amigo a su hotel.

Desembucha la noticia. «Hay todavía una leve esperanza de evitar la catástrofe. El corredor y Danzig están en manos de los alemanes. En esta situación se haría una última gestión para lo cual Göring, en persona, iría esta noche misma a Londres. Esta gestión sería sobre la base del desarme, de un pacto de cincuenta años de no agresión entre Alemania e Inglaterra, dando por asunto terminado la anexión de Danzig y del pasillo».

No creo mucho en el resultado de todo esto, pero la fuente es fidedigna. Ciframos con Bebé un telegrama que, contando con la diferencia de horas, llegará a las ocho de la noche de «ayer». Bebé me ayuda en todo, está siempre presente, tiene ideas muy claras y aunque en el fragor de la discusión solemos regañar, termino siempre por hacerle caso.

Anton, siempre servicial y risueño, lleva el cable.

DOMINGO, 3 DE SEPTIEMBRE Día fatídico del fracaso desastroso de las negociaciones de paz. Visita temprano de Welczeck. Anoche le había dicho a Bebé que si hoy le anunciaba el envío de una caja de chocolates, era la señal de que la esperanza se había realizado. La caja de chocolates no vino, pero apareció él, deshecho, anonadado, verdaderamente desgraciado: había terminado todo. Inglaterra acababa de romper sus relaciones con Alemania, se organiza el tren en el que saldrá el personal de la Embajada inglesa; el embajador de Francia, Monsieur Coulondre, acudirá a las cinco de hoy a la Wilhelmstrasse con el mismo fin: la ruptura.

Welczeck traga saliva. Es atroz. Es el fin de su vida. Es la locura, y después vendrá la sublevación comunista y el degüello general. Ya se ha enrolado. Desea que su hijo –que también tendrá que partir– se case antes, para que deje un hijo, por si le pasa algo. Eso dicho con serenidad emocionante. Triste escena.

Celso, pluma en mano, está listo para enviar a Chile el telegrama, que llega en hora temprana:

«Fracasaron las gestiones me referí anoche. Inglaterra cortó relaciones hoy, y Embajada Francia notificará igual resolución cinco tarde. Insisto mis telegramas 57 y 61 (sublevación interna en breve)».

Este telegrama debe haber llegado a Santiago hoy, domingo 3 de septiembre a las diez de la mañana.

Almuerzo con Vargas. Escobar se encarga de buscar máscaras antigases.

Salgo en la tarde. Tengo curiosidad de mezclarme con la gente que llena Wilhelmstrasse, estacionada frente a los ministerios. ¡Cuán distinto este pueblo a mi pueblo de España! Mudo, frío, sin emoción, exento de matices. Ni una manifestación a favor ni en contra, en esa hora de tan inmensa trascendencia. Ni un chiste. Alineados, sin moverse esperan «algo», al Führer o a Ribbentrop, frente al Auswärtiges Amt.

Pasa un carretón, dentro del carretón una mesa y sobre la mesa un hombre sentado. En España se habrían reído, le habrían gritado cosas, etc. Aquí, nada: impertérritos.

Un hombre vende unas tarjetas postales con una alegoría de la ciudad de Danzig, «anexada al Reich». Otro hombre vende helados y, otro más, las hojas especiales de la prensa.

Cenamos en el Grill Room del Eden Hotel, invitados por los Barzanallana. Ya el Dachgarten se acabó. En otras mesas, el embajador del Brasil, Graça Aranha y su mujer; más allá el ministro de Portugal y más lejos Ángel Silvela con una damisela.

El pianista, al vernos entrar, le toca la Marcha Real a Barzanallana y a mí el himno de Yungay. Manolo Barzanallana, a pesar de la tragedia en que estamos, canta alegre. Conchita desesperada de haberse metido en este nuevo infierno, con sus dos mellizas.

Noticias y opiniones: «Que la guerra será corta. Que la ganarán Francia e Inglaterra, que Italia mantendrá su neutralidad, que el pacto germano-ruso ha sido un fracaso porque tenía por fin evitar que Inglaterra y Francia se atrevieran a desafiar a Alemania; en una palabra, habría sido un golpe para evitar la guerra que no alcanzó más que a dejar «grogui» un momento a las dos potencias adversarias.

Me voy a pie a casa. Los Barzanallana escuchan la radio de España y se ponen de pie con la Marcha Real.

Vuelvo a acompañarlos hasta el hotel. Las tinieblas tétricas de la calle me recuerdan a Madrid y me pongo contento, digo. El chiste es muy celebrado.

LUNES, 4 DE SEPTIEMBRE Una nota urgente del Ministerio, dando cuenta del sitio en que han sido colocadas minas en el mar del Norte. Invasión de chilenos.

Dejo redactados varios telegramas:

1. Fondos para la adquisición de máscaras antigases, almacenar carbón para duro invierno, alimentos que empiezan a escasear. Obro con mi experiencia de España.

2. El cónsul nombrado en Atlo no puede hacerse cargo de su puesto porque «se trata de una dependencia de Hamburgo».

3. Que me paguen mis gastos de representación, que me adeudan desde mayo; enero, febrero y marzo, los meses más duros de la guerra de España, me pagaron la mitad de la suma.

4. A Copenhague, solicitando autorización para que puedan embarcar allí chilenos.

5. A Chile, insinuando la conveniencia de que el Imperial venga a Dinamarca a recogerlos.

Me voy a dar un baño turco. Paso al banco. No hay cotización de la libra. No sabemos en qué forma nos van a pagar los sueldos.

En el descanso del baño, tranquilo, aunque sofocado, leo las *cuatro proclamas del Führer*: 1.º a los soldados del Oeste, 2.º a los soldados del Este, 3.º al pueblo alemán y 4.º a los hombres del «Partido».

Resumen: motivos que lo han inducido a la guerra. Toda la culpa de Inglaterra. Táctica: «aplastar rápidamente a Polonia, en tres semanas si es posible. Mantener la resistencia en el este contra Francia y Alemania y luego tenéis para vencerlos a los ochenta millones de alemanes como un solo hombre».

Chao y Carlota Dahmen a almorzar, también anonadados con la tragedia.

Todo el día en casa. Por la tarde, Oscar Fenner y Alejandro Herrera. Ya el primero habla de irse. Como con los asilados en Madrid, todos piensan en irse y uno al pie del cañón. Fenner cree, sin embargo, que la entrada de Inglaterra y Francia en la guerra es una entrada «pasiva». No lo creo posible. Sería absurdo y hasta ridículo.

Comemos con los Vargas. Un caviar duro que parece cabezas de alfileres. Y toda la noche noticias y más noticias en la radio: Inglaterra ha lanzado proclamas al pueblo alemán, invitándole a sublevarse. Chamberlain se ha dirigido también

al pueblo germano, manifestándole que Inglaterra no se batía contra él, sino contra el «*hombre*» que lo tenía sometido y de cuya palabra no se podía creer.

Enumeración de todas sus declaraciones no cumplidas: después de Austria, después de Múnich, después de Checoslovaquia, después de los Sudetes, etc. (Pero Inglaterra no es precisamente una campeona de la verdad).

Egipto ha cortado relaciones con Alemania. Italia permanecerá neutral. Se desconfía de ella de uno y otro lado. Se desconfía de la neutralidad de EE. UU. La verdad es que Alemania se va a quedar sola otra vez.

Ya han volado dos barcos. Ya han empezado las hostilidades. Ya se acusan unos a otros de hechos falsos. Bombas de gases venenosos, etc.

Tarde me quedo escribiendo solo.